

NO SOY CELOSO NI ENVIDIOSO

Los celos, sentimiento a veces “feroz” capaz de mutilar, alterar vidas, destrozando pequeñas y grandes empresas, separar hermanos y amigos para siempre, empobrecer o anular cualquier proyecto. Situación que la ley contempla como atenuante, que la literatura trata de manera constante, que lo cotidiano nos da cada rato información de su “existencia” en cada casa de vecinos, en cada sector de trabajo, en cada núcleo familiar, a veces como pequeñas rencillas cotidianas o como fuertes delirios que pueden terminar en asesinato.

“La maté porque era mía” habla inmediatamente de la doble moral que rige cuestiones de fidelidad o infidelidad en él o en ella.

Siempre hay celos, quiere decir que es un sentimiento, un estado afectivo, que llamamos “normal” en cuanto que es estructural, necesario, constitutivo en la formación del aparato psíquico, de tal modo que cuando no aparece ningún atisbo de celos, hay que pensar que se encuentran reprimidos, habiendo sucumbido a una enérgica represión y desempeñan en la vida anímica del sujeto, es decir, a nivel inconsciente un importante papel, que sobredetermina por ejemplo su modo de amar o de pactar.

Podemos decir con Freud que dicho “sentimiento” nunca es totalmente racional, ya que no tiene que ver con la situación actual, sino que su raíz se edifica sobre el Complejo de Edipo, es decir no son proporcionados, coherentes con la situación real, ni deben ser escuchados como una verdad del sujeto, aunque sean “vivos” en un tiempo presente y racionalizados con argumentos varios, que siempre atribuyen al otro una situación en la que el celoso queda fuera de alguna escena. Hay que distinguir de entrada, los celos considerados normales de los delirantes, debiendo trabajar la realidad, la certeza y el grado de implicación del sujeto diferente en cada caso.

LOS CELOS SON PUERTA DE ENTRADA AL DESEO.

La familia desempeña un papel primordial en la transmisión de la cultura, así mismo otros grupos contribuyen a las tradiciones espirituales, mantenimiento de ritos y costumbres, en fin a la conservación de técnicas de patrimonio. Tradición y traición, que por sujetos del lenguaje pueden confundir lo “nuestro” con lo de “todos”, pueden equivocar la muerte con morir y generalmente se mezcla el nacimiento con nacer. Momentos y estados psíquicos totalmente diferentes, proceso de simbolización, que permite deslindar, diferenciar, separar la palabra de la cosa. Son las palabras las que constituyen, crea al nombrarlas, las cosas, los objetos y no al revés.

La familia, entonces, es fundamental en la educación del niño, en la represión de ciertos instintos, en la adquisición del lenguaje a la que damos en llamar no por casualidad lengua materna. De este modo gobierna los procesos fundamentales del desarrollo psíquico, de la organización de las emociones y sentimientos, transmitiendo algo que está más allá de los límites de la conciencia. Nos referimos a las ideologías, que transmiten la familia, el estado, la universidad, los medios de difusión, la empresa.

Ideologías que mientras no se las interprete forman parte del sistema inconsciente. Lo que no quiere decir que dejen de ser inconscientes, nos referimos a que pueden ser posibles de transformación. Interpretar las ideologías, es decir, ese “modo de pensar” que no es ningún pensamiento, sino que es la reproducción, el mantenimiento de maneras primitivas de pensar, ya que si el sujeto repite la manera de amar de sus padres, estos lo hicieron de los suyos y así nos podemos remitir a situaciones arcaicas en torno al concepto de amor. Amar es siempre un trabajo y no hay celos sin amor, pero se trata en los celos patológicos de un amor que se quiere construir sin aceptar las diferencias.

Reconocer que uno es celoso, habla de la implicación del sujeto en lo que le pasa, dice de un grado de salud, más difícil aún es reconocerse envidioso. Porque son vertientes de cuestiones sociales por un lado y psíquicas por otro.

El celoso es más social que el envidioso, ya que el celoso, se siente excluido de una escena en la que le gustaría participar. El celoso, desea lo que otro está mirando, desea un deseo de otro, mientras que el envidioso, no desea lo que el otro consiguió, sino que sólo quiere romperlo, el envidioso no quiere el coche del vecino, sólo rullarlo con la llave. La envidia es anterior a los celos y más primitiva.

El celoso reconoce la existencia de otro semejante con el que algo quiere, el envidioso quiere que el otro no tenga. Celos y envidia que datan la doble carencia del sujeto, la doble falla del humano, esa imperfección que lo constituye: nacer de seres sexuados, es decir celulares, por ende mortales como él que también morirá y llegar a la vida, cuando ya había vida para otros. Es decir, anticipado por algo que permitió no sólo que naciera y creciera, sino apropiarse de lo que otros humanos antes de “mf” hicieron de lo que me puedo beneficiar y además lo hicieron sin conocerme: calles, universidad, puentes, teléfonos, objetos y útiles que permiten un mejor aterrizaje en la vida.

Hay cierta tendencia social a reprimir la sexualidad en aras de aumentar la producción social y de preservar la estructura monogámica de la familia nuclear, cuyo origen se fundamenta en el pasaje del feudalismo al capitalismo, con el pasaje del trabajo artesanal

al asalariado, donde la máquina permitió la obtención de la plusvalía y en consecuencia la posibilidad de acumular capital.

Carlos Fernández del Ganso. *Psicoanalista*
Madrid: 91 883 02 13

LA LETRA SE ENCADENA

Nadie escapa a la represión y a sus efectos de retorno. A veces el deseo se retira pero algo viene a ocupar su lugar. Esto que viene al lugar vacante es la letra, porque cada uno por sus sueños y sus síntomas, se encuentra escrito. El escribir lo que hace es agregarle a la letra, cuya marca todos sufren, el acto. El escritor es hijo de sus obras. Se engendra a sí mismo e inventa la cifra de su origen. Un sometimiento inicial marcará su pertenencia al imperio de las palabras, y desde allí es conducido al corazón de la estructura, allí donde se revela el sinsentido que habita toda significación, es decir ese núcleo de humanidad que lo lleva hasta la implosión del sentido, y a buscar en esta crisis el verso que pueda remediar el absurdo de la relación del sonido con el sentido. En esta zona árida surgen, del centro vacío de las palabras, esos objetos raros que son una voz o una mirada, como separadas, sosteniendo un goce sin pies ni cabeza, el goce de la abolición del sentido.

Hay una particular disposición del sujeto, una particular laxitud de la relación con el Yo, que para alcanzar ese rigor tan despojado, tiene que separarse de la ficción que lo entretiene, como una obra dramática que tiene que ser dejada de lado, de la misma manera que tiene que ser dejada de lado esa otra función del Yo que es de ocultación. Todo es psíquico en la escritura y las llamadas vivencias, sin estar ausentes, no parecen ser de la misma naturaleza, no pertenecen a la vida despierta, se hacen marginales. El defecto de sentido, su falta en el centro mismo de la elaboración poética va a cavar el lugar donde en la ficción se alojará un goce. Ésta es una vocación de la escritura, venir a suplir como si fuese una solución a los accidentes del deseo. Hay una imposibilidad de satisfacerse de la realidad siempre presente en el hombre que no vencido se repliega sobre la vida imaginativa, donde juega y trabaja al mismo tiempo todo el juego de las combinatorias, de los desplazamientos y de las sustituciones, poniendo a trabajar lo imposible de un goce que rechaza a todos los demás por incomparable. El artista lejos de ser un soñador, practica la letra porque sabe que de esta práctica es como puede esperar lo que no podría esperar de otra manera. Él espera la satisfacción, nada ilusoria, de su acto mismo. Satisfacción del acto, aquello que Freud había llamado sublimación. La novela en su argumento, queda mas ligada al yo y es la vía mas directa para permitir la puesta en escena de los fantasmas, pero la poesía, la escritura, es decir el trabajo sobre el lenguaje, introduce una dimensión suplementaria y se parece mucho a la construcción del fantasma inconsciente, a la manera de lo que ocurre en el curso de un psicoanálisis, donde para que sea posible esa construcción es necesario aislar un objeto pulsional particular. Aquí es el texto el que produce al objeto, permitiendo así esperar la satisfacción de la pulsión, que se satisface en su recorrido, en el mismo camino del acto, que no es sin separación de ese mismo objeto al que no toca nunca, al que solamente bordea y que no es tomado, sino perdido para siempre. En esto consiste también la sublimación cuando se dice que ella es sin represión, es decir sin un objeto que entre en la relación sujeto-objeto, dando lugar a toda la serie de los objetos de amor y sus avatares. El escrito mismo opera y la eficacia de esta operación reside en que el fantasma no se despliega en el contenido del mensaje, como en la novela, sino que se realiza a través de lo que se ha dado en llamar estilo. Si el síntoma es el equivalente de una letra, o de un jeroglífico, y el sujeto sufre sus efectos hasta que la interpretación restituya esa letra a la cadena de la que se desprendió, el acto de escribir también tiene esta particularidad de acomodar la letra y por lo tanto el escribir puede venir a ocupar el lugar del síntoma, que cae y pierde en su caída porque es vuelto a escribir de otra manera, cumpliéndose así ese mandato de un goce que estaba allí comprendido y que insiste de tal manera que nunca dejará de no escribirse. Es así que el escribir conduce "a lo mejor que puede esperarse de un fin de análisis", en el decir de Jacques Lacan en su homenaje a Marguerite Duras.

Entonces entre el argumento de la novela y la escritura, un abismo. El placer estético, considerado por el mundo literario como el estatuto preliminar, tendría que ver con la satisfacción fantasmática que éste autorizaría y el argumento quedaría en deuda con el desplazamiento y el despliegue fantasmático que tan bien marca Freud en la Interpretación del Sueño de Irma, cuando despliega el abanico de las identificaciones del Yo, pero esto no dice nada de la realización del fantasma que permitiría la recuperación del objeto de goce, que no es ningún objeto posible de representación, porque es incommensurable, indescriptible, y es a él que el escritor dedica su oficio. En la escritura entonces, que es la escritura de una letra, todo queda reducido a un simulacro, detrás del telón Un hombre y Una mujer pactan desacuerdos, una vida vacía de contenidos y un objeto indescriptible, lamen los contornos de una alianza.

Norma Menassa. *Psicoanalista*
Buenos Aires: 4322 6400

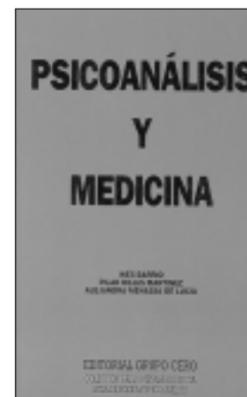
ESTE ESPACIO PERTENECE A LA



ASOCIACIÓN PABLO MENASSA DE LUCIA
AULA DE POESÍA Y PSICOANÁLISIS

*Soy lo que vuela.
Encadenadme y seré lo encadenado que vuela.
Matadme y seré lo encadenado, muerto, que vuela.*

LA ASOCIACIÓN PABLO MENASSA DE LUCIA
TAMBIÉN TIENE SU COLUMNA



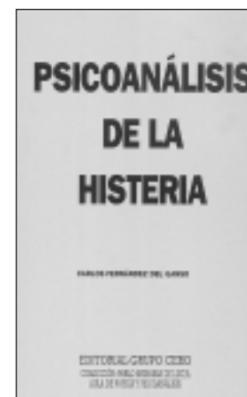
PSICOANÁLISIS Y MEDICINA

Autoras:
Inés Barrio
Alejandra Menassa
de Lucía
Pilar Rojas Martínez

Primer Premio de Psicoanálisis
Pablo Menassa de Lucía

96 PÁGS.
6 EUROS; 9 \$

¿Y cuál es el otro campo desde el cuál el paciente psicosomático tiene una probabilidad de curación, en los términos en los que acabamos de designarla? no es otro que el campo psicoanalítico. No es que el psicoanálisis sea un instrumento a aplicar al paciente psicosomático para curarlo, es que una vez en análisis, ese sujeto no precisa la enfermedad, en análisis se construye un nuevo sujeto, que no necesita lesionar sus órganos para hablar.



PSICOANÁLISIS DE LA HISTERIA

Autor:
Carlos Fernández
del Ganso

Segundo Premio de Psicoanálisis
Pablo Menassa de Lucía

96 PÁGS.
6 EUROS; 9 \$

La Histeria, un lugar significativo en la historia del Psicoanálisis, donde se “dramatiza” de manera ejemplar el Amor, el Deseo y la Muerte.

ASÓCIATE

DESDE
6 EUROS
AL MES